

ofrecían á los bateleros del río como una especie de extensión del estuario, y á los marinos propiamente dichos, como un vestíbulo, una antecámara del Océano. Así, gracias al mar y á los ríos que en él desaguan, el área geográfica del mundo que conocían los hombres civilizados debía de ser ya considerable al principio de la historia caldea. La nomenclatura de los nombres de países grabados sobre los pedestales de las estatuas de Sirpula nos revela la extensión de las comarcas de donde los barcos importaban los materiales de toda especie, metales, maderas y piedras para la construcción y el embellecimiento de la ciudad: Egipto á Occidente, la meseta de Elam á Oriente eran bien conocidos de los mercaderes de esta región hace unos cincuenta siglos¹. Es probable que el área de extensión babilónica se extendiese al Este mucho más allá de los límites donde se detuvo después el conocimiento de los Griegos y de los Romanos. Un texto asirio al que Oppert da una antigüedad de veintiocho ó veintinueve siglos, presenta los mercaderes del rey de Nínive pescando perlas en el mar de los Monzones y el ámbar amarillo en los mares en que la Polar está en la cumbre del cielo². Y sin embargo, el imperio de Asiria, situado en el interior de las tierras nada hubiera podido añadir al saber geográfico de los caldeos que vivían en la proximidad de los puertos del golfo Pérsico. Al contrario, correspondiendo la dominación de los soberanos de Assur á un período de gran regresión intelectual y moral, es probable que entre las dos épocas se hubiera estrechado el horizonte mundial.

En su conjunto, la cuenca de los dos ríos, aparte de la región de las montañas, tiene la forma de un inmenso anfiteatro hacia el cual se dirigen de todas partes vías convergentes. Como consecuencia, prodúcese un gran movimiento de inmigración en todas las inmediaciones hacia la gran campiña: cada valle se despoja del exceso de sus habitantes siguiendo el curso del río; todos los tipos se hallan representados en las ciudades donde se mezclan las poblaciones: la llanura se puebla por contacto, aquí por pastores que caminan con sus rebaños

¹ Léon Heuzey, *Découvertes en Chaldée par E. de Sargac*, p. 130.

² *Recueil des Travaux relatifs à la Philologie et à l'Archéologie égyptiennes et assyriennes*, ps. 33 y siguientes.

en las regiones herbosas, allá por agricultores que utilizan directamente el agua fluvial para el riego de sus campos. Sin embargo, ciertas partes de la comarca baja que recorren el Tigris y el Eufrates quedarían durante mucho tiempo inaccesibles á las inmigraciones de

N.º 82. Modos de existencia yuxtapuestos.



Bosquejo cónico.

1 : 5500 000.

0 25 150 300 kil.

KOVEIT, comercio marítimo, exportación.
BASSORA, comercio fluvial y palmerales.
FAO, MOHAMMERAH, comercio fluvial y marítimo.
NEFUD, desierto arenoso

ARD-EL-ADRAN, país de los Uadis.
ZAGROS, cultivos y transhumancia.
MESETA DE IRANIA, cultivos y jardinería, adormideras y rosas.

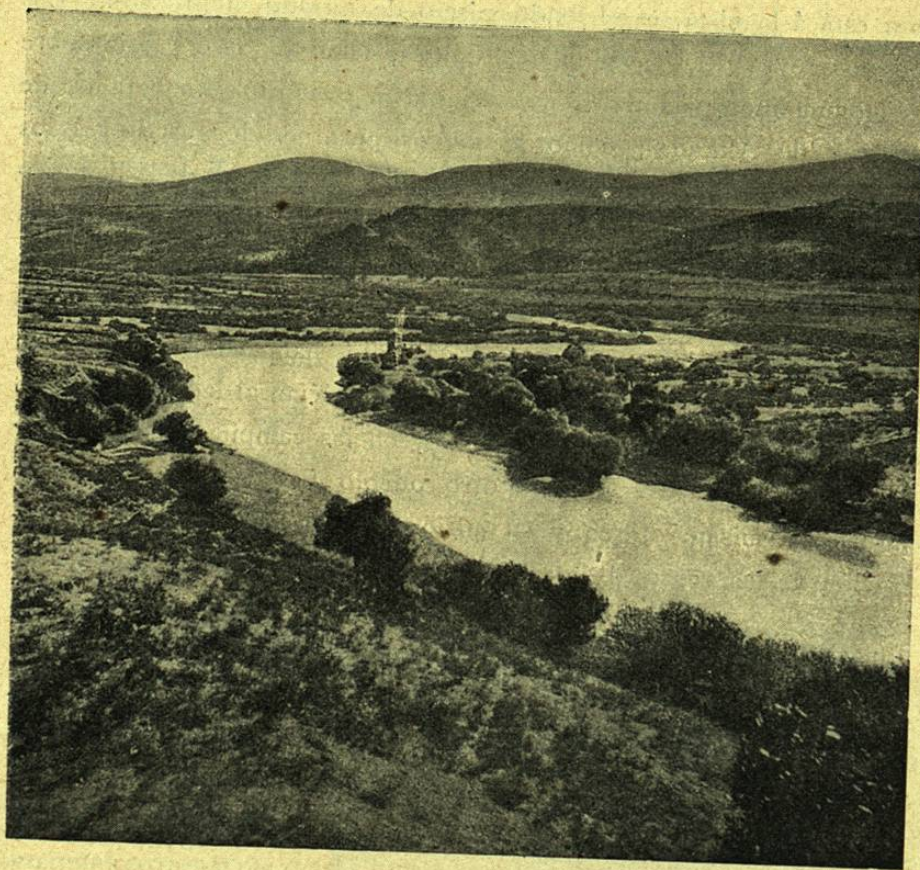
Al pie de las montañas, región de agricultura, arruinada por la destrucción de los canales y entregada casi por completo á las hierbas.

los contornos; tales son las tierras aluviales donde el agua se extendía en lagos y pantanos llenos de cañas, rodeados de una vegetación frondosa. Las fiebres se juntaban á las dificultades del suelo para defender las cercanías de esas extensiones parcialmente inundadas que fueron luego las tierras más fecundas de la maravillosa Caldea. Fué

necesaria toda una larga sucesión de siglos para que ese prodigioso trabajo de apropiación del suelo de la Mesopotamia se cumpliera; mas cuando los primeros albores de la historia aparecen en ese país hallábase ya transformado en jardines de cultivo por el trabajo del hombre. Una de las más antiguas inscripciones conocidas, que data de más de sesenta siglos, da á la Babilonia de esta época el nombre de Kengi «país de los canales y de los rosales»¹. El mérito de haber iniciado el cultivo de tierras que han llegado á ser famosas por su fecundidad, pertenece probablemente á las diversas razas descendidas de las mesetas y de los valles del anfiteatro; pero entre los elementos étnicos de origen diverso que colaboraron al desarrollo de la civilización en la baja Mesopotamia, los más útiles, según el testimonio de las inscripciones, no pertenecieron á la raza ó á la lengua de las cuales pretenden descender los Ários verdaderos ó supuestos de Europa: no puede atribuirse á tribus de idioma indo-europeo la gran importancia alcanzada en la cuenca meridional de los dos ríos.

Los asiriólogos, influidos por la impresión primera que da siempre el rango supremo al tipo ario, se admiraron de su descubrimiento. Reconocieron con asombro en las más antiguas inscripciones cuneiformes la reproducción de una lengua que no parece tener ninguno de los caracteres del iranio ni del semítico, y á algunos de entre ellos parecía emparentada de una manera estrecha con los idiomas turanios, tales como los diversos dialectos del Ural y del Altai. El lenguaje figurado por esos primeros signos es del tipo aglutinante, sin flexiones, y corresponde en su conjunto á un modo de hablar completamente diferente del de los habitantes que inmigraron después en Mesopotamia. Los sonidos guturales, que ocupan lugar tan grande en el lenguaje de los Semitas, faltan en él en absoluto y los silbantes son escasos. Por último, lo que manifiesta de una manera evidente el origen turanio de esta escritura, es que, según Oppert, las formas elementales de los 180 primeros signos figurativos conocidos recuerdan seres ú objetos pertenecientes á un clima diferente del de Caldea; procedían de una comarca en que la fauna y la flora presentaba un aspecto más boreal, donde no había leones ni leopardos, sino osos y lobos, no se conocía el

¹ J. P. Peters, *Nippur*. Expédition de l'Université de Pensylvania, 1890.



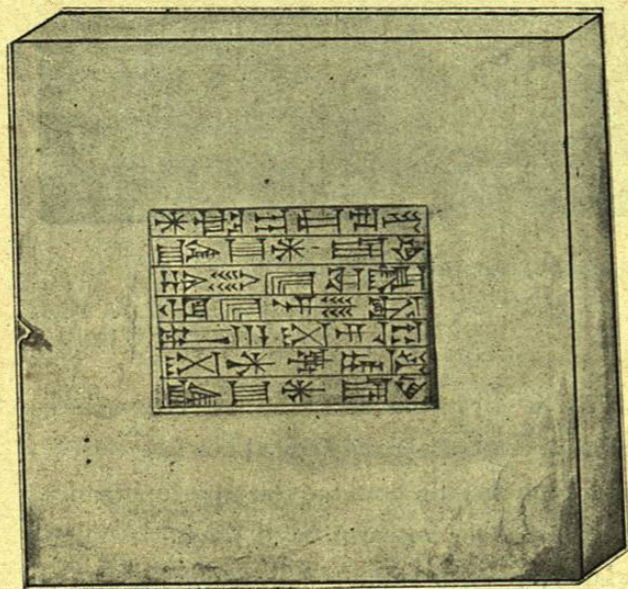
VALLE DEL PEQUEÑO ZAB EN BECHAST

Según una fotografía de J. de Morgan
(Misión arqueológica en Persia).

camello de una sola giba, pero sí el camello de dos gibas, y en que las plantas cultivadas características no eran la palmera ni la viña, sino las coníferas. La patria de esta lengua y de esta escritura mesopotámica, venidas por la vía de la Súciana, debe buscarse en el Elam. Algunos sabios (Wahrmund, Dieulafoy, J. de Morgan) han creído encontrar en esta región hombres del tipo negrito; otros, A. Bloch entre ellos, ven en el habitante que precedió al Semita en Caldea, un hombre de tipo negro venido del Sud, pero no perteneciendo á la raza negra.

Ese pueblo de Oriente, grupo de emigrantes, que debió sus progresos, que han llegado á ser los nuestros, á etapas sucesivas á través de un medio cambiante, siempre felizmente modificado por el trabajo, no nos ha legado su nombre de una manera precisa, pero su gran

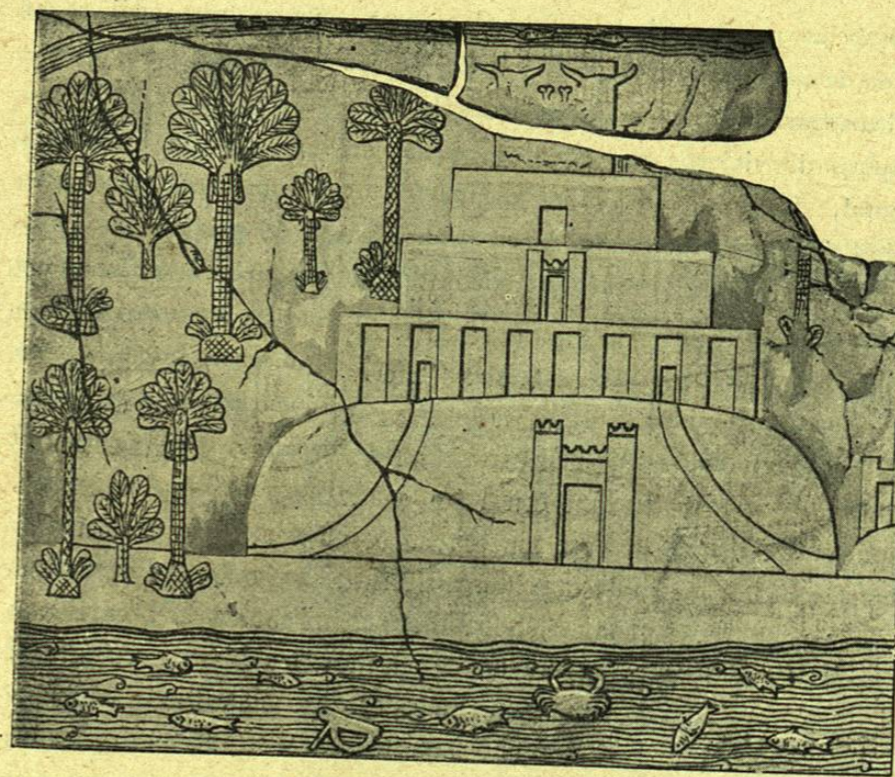
obra está á la vista, es el fondo mismo de nuestra civilización. Los antiguos reyes de Ur, en la baja Caldea, celebrando su gloria sobre los monumentos primitivos, se designaban como los «soberanos de Sumir y de Akkad»; como la mayor parte de los escritores los interpretan, esos dos nombres se aplicaban á las «gentes de la llanura» y á las «gentes de la montaña», — otros sabios descifradores de los signos cuneiformes leen «gentes del sud» y «gentes del norte» —, pero en la época en que esas primeras inscripciones fueron grabadas sobre el ladrillo, los montañeses ó Akkadios habían terminado ya su movimiento de emigración hacia la llanura: vivían al lado, sobre todo al norte, de los Sumirios ó Sumerios, en las campiñas bañadas por los dos grandes ríos. Uno y otro pueblo parecen haber hablado lenguas del mismo origen y su misión era preponderante en comparación de las gentes de otra raza, de los Semitas, por ejemplo, que



LADRILLO BABILÓNICO CON INSCRIPCIÓN GRABADA

habitaban entonces la comarca. Son, pues, los Akkadios, para comprenderlos bajo un solo nombre, á quienes debemos mirar como nuestros antepasados intelectuales para las adquisiciones del saber que se sucedieron en las campiñas de la Mesopotamia y se transmitieron, por una parte, al valle del Nilo (Maspero, Hommel y otros autores), y por otra á los valles del Hoang y del Yangtze (Terrien de la Couperie).

Un testimonio de la antigua hegemonía de los Akkadios nos la suministra la nomenclatura geográfica: á ellos se atribuye la mayor parte de los nombres de lugares en la toponimia antigua, y muy especialmente los de los dos grandes ríos. El Eufrates no es más que el



LA TORRE DE BABEL, SEGÚN UN BAJO-RELIEVE ASIRIO

Purátu, que tiene en akkad el sentido de «lecho fluvial». La palabra que designa el Tigris, Iddigla, transformado por los Asirios en Diglat, que se encuentra aún en nuestros días en el Dijeil, canal de irrigación, y por los Israelitas en Hid-degel, tenía en la akkadia una significación análoga¹. Pero cualquiera que fuera el ascendiente intelectual y moral de aquellos primeros civilizados, que por eso mismo eran civilizadores, debían constituir la minoría numérica en la población del país, ó bien perdieron su preponderancia á consecuencia de una inmigración semítica cada vez más considerable, ó quizá decayeron y perecieron á causa de sus mismos privilegios, porque poco á poco se les veía disminuir y extinguirse en medio del elemento semítico invasor. Una nueva fuerza étnica, formada por los Kaldi ó Caldeos — los Kasdim de la Biblia, — viene á añadirse, aumentando por grados, á las poblaciones akkadias y sumerias, y acabó por ejercer una influencia suficiente para

¹ Fried. Delitzsch, *Wo lag das Paradies*, ps. 169, 171; Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, ps. 535, 536.

sustituir su nombre al de sus predecesores. No se sabe cuál es el origen de ese elemento nacional; quizá no fuese sino una clase aristocrática separada de la masa de los súbditos; pero más se cree que se compuso de viajeros procedentes en su mayor parte de la Arabia oriental. Llegando en grupos compactos unos cuatro mil años antes de los tiempos actuales, fundaron gran número de principados en la parte meridional de la Mesopotamia y después llegaron á ser los amos en la Babilonia propiamente dicha¹. Siendo semitas como otros inmigrantes venidos del Norte y del Noroeste, impusieron poco á poco su lengua á los residentes de la comarca. El idioma akkadio se transformó gradualmente en un lenguaje sagrado, hierático, que se continuó empleando en los misterios religiosos, como nuestro latín de iglesia, después de cientos y miles de años de haber cesado de hablarse vulgarmente por los habitantes del país. ¿No son las fórmulas místicas tanto más poderosas cuanto son menos comprendidas? ¿No tienen los amuletos tanta mayor virtud cuanto menos se adivinan sus signos? El akkad era lo menos diez siglos después una lengua muerta que se enseñaba todavía en los seminarios de Babilonia². Usábase para las oraciones, para la magia y para la astrología; en nuestras lenguas se conservan, en cierto número, palabras akkadias, lo mismo que en nuestra mitología han quedado múltiples huellas de su concepción del universo. En cuanto al nombre de Caldeos, se ha perpetuado igualmente, pero fuera de su sentido primitivo, se le aplica históricamente á las poblaciones de la Mesopotamia; en tiempo de los Romanos no tenía otra significación que la de «astrólogo» ó «mago»; ahora se le reserva, en un sentido especial, á una secta cristiana de origen semítico, de la cual existen algunos restos sobre las mesetas del Azerbeidjan y en las montañas de los kurdos.

La notabilísima leyenda de la confusión de las lenguas que se produjo entre los constructores de la Torre de Babel, basta para demostrar cuántos inmigrantes de toda raza se habían reunido en las tierras ribereñas del bajo Eufrates en aquellas épocas lejanas; pero esos elementos étnicos diferentes, sometidos á la influencia preponderante de los Semitas, acabaron por «semitizarse» por completo, como

¹ Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 11.

² Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*, t. II, ps. 151, 152.

debieron hacerlo los Akkadios, que sin embargo habían gozado durante un largo período de la dominación política y de la iniciativa intelectual. A lo menos seis mil años después, las poblaciones de las riberas del Tigris, en el país de Assur, y los habitantes de la Mesopotamia septentrional se identifican con esta raza de Semitas que acabó por ocupar por completo toda la comarca comprendida entre el país de Irán y el Mediterráneo, entre los montes de Armenia y el océano Indico¹.

Hace cuarenta y cinco siglos eran especialmente Semitas del grupo «cananeo» quienes dominaban en Babilonia, escogida por ellos como capital de toda la comarca. Los nombres de los reyes no dejan ninguna

duda á este respecto². Pero antes que los «Cananeos», otros Semitas vinieron á chocar contra las poblaciones de la Mesopotamia, sin haber conquistado el país: fueron simplemente bandidos, y su nombre Khabiru, en el que se reconoce el de los Hebreos mencionados por la Biblia como los antepasados de los Judíos, parece haber sido sinónimo de «Beduinos». Los Hebreos de aquel tiempo eran pastores nómadas y,



HEBREOS EN TRABAJOS DE SERVIDUMBRE

De un bajo-relieve de Kujundchik.

¹ Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 8.

² *Id.*, *loc. cit.*, p. 12.